

Capítulo 1*

Un repugnante hallazgo

Al arbīaa, 7 de octubre

Las gaviotas sobrevolaban el viejo mercado de la carne de Sarja, un emirato próximo a Dubái considerado como el más conservador de Emiratos Árabes, al mismo tiempo que graznaban y se peleaban entre ellas por los despojos. De acuerdo a las leyes islámicas, no se podía tirar la comida ni desperdiciarla, de modo que si algún alimento caía al suelo se debía recoger, lavar y después comerlo. Si eso no era posible, había que ofrecérselo a un animal. Conforme a este precepto, las sobras de carne de las pequeñas tiendas del mercado se dejaban en la calle para que los pájaros las aprovecharan.

El olor era muy fuerte, casi nauseabundo. Aunque en el interior de los negocios imperaba la limpieza y la pulcritud, los trozos de grasa, carne y menudillos que se encontraban esparcidos a la intemperie, expuestos a las altas temperaturas del país, provocaban ese olor penetrante. Había también restos de sangre. Sin embargo, esta no provenía de las piezas de carne ya que conforme al rito islámico, el *dakat*, el sacrificio de los animales, conllevaba su desangramiento para que fuera *halal*, es decir, permitido para el consumo por musulmanes. De acuerdo con el Corán, los matarifes, musulmanes u otros *kitabi*, creyentes del libro, debían cortar, empuñando con su mano derecha un cuchillo bien afilado, los vasos sanguíneos principales del

* Todos los personajes y situaciones que aquí aparecen son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

El libro incluye, en las últimas páginas, un glosario de vocabulario y expresiones árabes.

cuello del animal, la faringe y el esófago, al mismo tiempo que gritaban el nombre de Alá, para de esa forma cumplir con la *tasmiya*. Después, y antes de proceder a su despiece, eran colgados boca abajo para que la exanguinación fuera lo más rápida posible y no se alargara el sufrimiento del animal sacrificado. Los restos de sangre del pavimento de la callejuela del mercado provenían de aquellas gaviotas que salían mal paradas en sus peleas por el mejor bocado. Aunque no siempre había disputas entre ellas, en ocasiones, algunas simplemente perdían durante el vuelo el preciado botín y este caía al suelo. Pero una vez allí empezaban otra vez las luchas hasta que la más avisada, o con mejor suerte, conseguía apropiarse del mismo. Siempre era así, día tras día, día tras día.

A pesar de los graznidos e intensos olores, los tenderos descansaban sentados fuera de sus negocios sin inmutarse por aquel jaleo. En otoño, la temperatura que se podía llegar a alcanzar al mediodía era muy elevada, por lo que los carníceros aprovechaban el descenso de clientes a esa hora y se relajaban un rato en el porche de las tiendas, intentando captar la escasa brisa que llegaba desde las cercanas aguas del mar del Golfo. Algunos permanecían sentados y callados, ensimismados en sus pensamientos. Otros acercaban sus sillas a las de los carníceros de las tiendas vecinas buscando un poco de sombra y también algo de conversación para matar el tiempo. Nadie prestaba mucha atención a lo que ocurría a su alrededor. Siempre era lo mismo, día tras día, día tras día.

La pequeña calle, donde se alineaban en un lado las tiendas que vendían carne, se encontraba junto al mercado cubierto de frutas y verduras del emirato, un lugar considerado de interés en las guías turísticas. Pero, sin duda, por lo que era más reconocido Sarja era por sus espléndidos museos. Sus exposiciones de arte y sus actos culturales impulsados por el jeque reinante, que no escatimaba esfuerzos ni inversiones en esos asuntos, eran reconocidos por ser los mejores del país. Por esa razón, aquellos turistas que buscaban algo más que centros comerciales, algo más au-

tético y tradicional que las modernas ciudades de Dubái y Abu Dabi, se acercaban hasta Sarja para dedicarle al menos media jornada a la visita. Tras acudir a alguno de sus museos y pasear por el Heritage village, el centro histórico de la ciudad, se iban al mercado de la fruta para echar un vistazo. Pero al salir de la zona cubierta se encontraban, sin previo aviso, bajo un sol tórrido en aquel callejón lleno de gaviotas y penetrantes olores. Los gritos y risas de los turistas no eran algo infrecuente cuando se veían sorprendidos por las grandes alas de los pájaros sobrevolando sus cabezas, a menudo demasiado cerca. Al notar que algún despojo caía desde el cielo y chocaba con el suelo, las exclamaciones se intensificaban y entonces aceleraban el paso para huir cuanto antes de allí. Siempre era igual, día tras día, día tras día.

Pero los tenderos ni se inmutaban. ¿Para qué? ¡Qué más les daba! Desde que se había inaugurado el nuevo Zoco Al Jubail, donde se podía comprar carne y pescado frescos, cada vez era menor el número de residentes de Sarja que acudían a hacer sus compras a ese antiguo mercado de carne. ¿Y acaso serían esos turistas los que comprarían un cordero o un trozo de camello? No, no lo harían. Se irían corriendo a buscar un taxi para volver a sus modernos hoteles de Dubái. Allí, atravesarían un inmenso vestíbulo envueltos por la intensa fragancia de ambientador caro y se dirigirían a darse un buen chapuzón en las frescas aguas de sus piscinas. Después, tomarían un refrigerio y gastarían sus dirhams en los *malls* más grandes y mejor surtidos del mundo: el Dubái Mall, el Marina Mall, el Emirates... No valía la pena dedicar ni unos segundos a prestarles la más mínima atención a esa gente. Siempre era así. Siempre era lo mismo. Siempre era igual.

Pero ese día, de forma excepcional, una familia rubia y de rasgos desangelados estaba consiguiendo con sus chilidos captar la atención de aquellos tenderos aburridos y somnolientos. La mujer, con pantalones hasta los tobillos y una camisa de manga larga a pesar del calor, una vestimenta “modesta” como aconsejaban las guías, no paraba de

gritar y gritar mientras miraba fijamente algo que había en el suelo. Una niña de cabello dorado recogido en dos largas trenzas se agarraba asustada a la mujer. Los carniceros contemplaban al grupo con curiosidad y sonreían ligeramente ¡Qué histéricos y remilgados eran esos occidentales! El marido, que iba unos pasos más atrás, se acercó rápidamente hacia ellas arrastrando de la mano a un niño de corta edad. Cuando las alcanzó se quedó observando aquello que había provocado los gritos de su familia. En cuestión de unos segundos hizo unas señas a los carniceros a la vez que les pedía en inglés que se acercaran, que lo hicieran enseguida. Y mientras decía esto, con una bolsa que debía contener algunos recuerdos comprados esa misma mañana en la visita a algún museo, intentó espantar a unas gaviotas que se habían acercado demasiado y amenazaban con llevarse aquello que el grupo miraba con sorpresa, repugnancia y aprensión. Al final, tales eran los gritos y el lío que se estaba armando que otros turistas también se aproximaron, y los carniceros, dejando su estado de indolencia, cruzaron al otro lado de la calle y se acercaron con curiosidad al grupo que se había formado.

No había duda alguna. Aquello que se le había caído a una gaviota, mientras sobrevolaba la callejuela, no era una víscera o despojo de ternera, tampoco de camello o cordero. Aquello era un dedo. Un dedo humano. Un dedo de mujer.

Capítulo 2

Para que os conozcáis unos a otros

Al jamis, 8 de octubre

Hessa Al Falasi se dirigía caminando apresuradamente hacia la casa de los suegros de Lubna, su hermana mayor. A pesar de que la distancia desde el *parking* hasta el edificio era muy corta, el calor de ese día hacía que el trayecto se le estuviera haciendo larguísimo. Además, sus recién estrenadas sandalias de altísimos tacones le estaban destrozando los pies. Ese era el problema de los zapatos nuevos, incluso aunque fueran carísimos siempre dolían. Pero la joven no podía remediar su debilidad por los complementos: zapatos, bolsos, gafas de sol... Era lo único que podía lucir cuando estaba en un lugar público ya que, de acuerdo a la tradición de su país, las mujeres emiratíes se cubrían con *abayas* negras y *shailas* cuando salían de casa. Sin embargo, la *abaya* podía llegar a ser un elemento de moda y diferenciador. No todas eran iguales. Las había de muchas calidades, precios y acabados diversos: con bordados o pasamanería, con lentejuelas o cuentas, con mangas anchas o estrechas, con cinturones o sueltas, conjuntadas o no con el *shaila*... Y, además, siempre se podían complementar con un buen maquillaje y unas gotas, o incluso un poco más, de un intenso perfume. Estaba deseando llegar. No obstante, a unos pocos pasos de la puerta de entrada del rascacielos, no pudo evitar pararse y dirigir la mirada hacia arriba. ¿Qué era eso que parecía una araña gigante voladora y que hacía un ruido muy molesto? ¿Qué era y qué estaba haciendo allí? Intentó mirarlo con más detenimiento, pero el sol le daba de pleno en los ojos y, a pesar de sus grandes gafas oscuras, le costaba mucho fijar la mirada en el cielo. Entonces la araña voladora se alejó un poco, ganó altura y empezó a

describir unos círculos en el aire. Al final, Hessa decidió no demorarse más y entró en el edificio.

En cuanto el ascensor llegó al ático, la menuda y delgada criada filipina, vestida con un uniforme azul claro y el cabello negro recogido en un pequeño moño muy estirado, la recibió al lado de la puerta de acceso a la vivienda. El conserje del edificio la había avisado de su llegada.

El piso de los suegros de Lubna ocupaba la última planta del rascacielos. Aunque no era su vivienda habitual, los padres de su marido se habían trasladado temporalmente a vivir allí, ya que estaban reformando la casa familiar. En su día, el padre de Abdul-Khalilq, el marido de Lubna, decidió comprar toda esa planta del edificio que había diseñado el estudio de arquitectura de su hijo mayor. Estaba en una buena zona de Sarja y tenía unas estupendas vistas al mar; era una buena inversión. Abdul-Khalilq, por su parte, reservó la planta inmediatamente inferior para instalar allí su nuevo estudio, ya que el anterior se le había quedado pequeño para atender todos los proyectos que le encargaban. Y esto iba a ir a más, teniendo en cuenta la velocidad a la que se construía no solo en Emiratos Árabes, sino también en toda la península arábiga. De hecho, su prestigio había ya sobrepasado los límites de las fronteras de su país y con frecuencia viajaba a Arabia Saudí donde en la actualidad estaba construyendo un resort.

—Buenos días, *sayyida* Hessa.

—Hola, buenos días. ¿Hay algún hombre en la casa? —preguntó la joven sin perder el tiempo. A pesar del aire acondicionado del apartamento, aún se sentía muy acalorada y estaba deseando quitarse la *abaya* y el velo que le cubría el cabello. Conforme a la tradición islámica imperante en el país, las mujeres debían permanecer cubiertas ante los hombres que no eran *mahram*, hombres prohibidos para el matrimonio, y el marido y el suegro de su hermana no lo eran para ella. Esta norma no era seguida por todo el mundo, pero su cuñado y su familia eran muy tradicionales por lo que había que cumplirla en su presencia.

—No, *sayyida* Hessa. De hecho, solo está su hermana y la cocinera. Los señores están de viaje y *Umm Abdul-Khalil* ha salido un momento a recoger a Mona. ¿Quiere quitarse la *abaya*?

Hessa dudó por unos instantes. Si no había ningún hombre se la podía quitar ya mismo, pero finalmente prefirió ir a la habitación de su hermana sin más preámbulos.

—No, gracias. Pasaré directamente a ver a mi hermana.

—*Sayyida* Hessa, ¿le apetece un té o un café? ¿Quizá un zumo?

—Un *shai karak*, gracias. No, no, pensándolo mejor... un *shai binaanaa*, será más refrescante con el calor que hace... —y mientras decía esto último se dirigió apresuradamente a la habitación de Lubna. Como ya sabía que su hermana estaba sola entró sin llamar.

La habitación era muy amplia y también muy luminosa al estar rodeada de grandes ventanales. Desde la puerta de entrada ya se divisaba el mar del Golfo y algunos *dhow*s, los barcos tradicionales del país con los que aún se solía navegar a Irán. Había muy pocos muebles en la estancia, se notaba que era una casa muy poco vivida. Lubna yacía acostada en una cama inmensa situada en el centro de la habitación. El cabecero, de color blanco y dorado, estaba trabajado con ondas y curvas que simulaban las olas del mar. A cada lado de la cama había unas mesitas de noche con su mismo diseño y, un poco más lejos, una cómoda de grandes cajones donde se apoyaba un televisor. La hermana mayor de Hessa estaba estirada sobre el cubrecama y vestía una *jalabiya* con un estampado de colores luminosos. El cabello lo llevaba sin cubrir recogido en una coleta. A pesar de lo conservadores que eran en esa casa, podía ir de esa manera, incluso fuera de su habitación, ya que el único varón que vivía allí, aparte de su marido, era su suegro, y un suegro era considerado *mahram*. Lubna lucía su blanco y suave cutis sin una gota de maquillaje, algo que era habitual en ella, incluso cuando salía de casa. Solo se permitía algún toque ligero de color cuando tenía que asis-

tir a un evento o celebración familiar. La televisión estaba encendida, pero con el volumen muy bajo, ya que lo que ocupaba completamente su atención era algo que estaba mirando en su ordenador portátil.

—¿Hessa? *Ahlan wa sahlan!* ¡Qué alegría! Creía que vendrías esta tarde.

—¡Uf!, todo se ha complicado, he tenido que cambiar los planes. —Al quitarse la *abaya* dejó al descubierto unos pantalones vaqueros ajustados que complementaba con una blusa que no le llegaba mucho más abajo de la cintura, por lo que dejaba ver cómo los pantalones se ceñían completamente a su cuerpo. Al desprenderse también del *shaila*, su larga melena negra cayó suelta sobre su espalda.

—¿No ibas esta mañana a mirar vestidos de novia?

—Cambio de planes..., vamos esta tarde. Ahora te cuento..., pero déjame primero que te mire... Cada día tienes más cara de felicidad... —y mientras le decía esto se abalanzó sobre ella y la besó varias veces en las mejillas.

—¡Cuidado, cuidado! —le advirtió Lubna defendiéndose del cariñoso ataque de su hermana menor—. ¡A ver si chafas a mi niño! —protestó.

—Del todo imposible, tienes un airbag a prueba de estrujamientos —replicó Hessa riendo mientras le pellizcaba con delicadeza algún que otro michelín.

—Lo sé, lo sé, estoy inmensa —dijo Lubna sonrojándose, un poco avergonzada—, pero es por una buena causa. —A pesar de sus dificultades para quedarse embarazada, finalmente estaba esperando su segundo hijo, y esta vez era el ansiado varón. Aunque su hija Mona era una bendición de Alá, toda la familia de su marido deseaba un niño, un nieto que en un futuro pudiera tomar el relevo de su padre en el estudio de arquitectura y en sus negocios.

Hessa se arrepintió en seguida de haber bromeado acerca de su peso, algo imperdonable con una mujer embarazada.

—Es normal que te engordes, estás esperando un hijo.

—Sí, pero estoy ganando más peso del debido. Ya sabes, tengo tendencia a engordar y con el reposo absoluto

que debo hacer..., ya me dirás qué calorías quemo al día... Pero volvamos a lo de tu vestido. ¿Así que vais esta tarde?

—Sí, me avisaron que ya estaban los resultados de las pruebas que solicitó la ginecóloga, y, como la doctora tenía un hueco esta mañana, he preferido conocerlos cuanto antes. Me he cogido el día libre.

—Pero ¿todo está bien? —Le había parecido que Hessa se había quedado un poco pensativa, como si hubiera algo que le preocupara.

—Sí, sí, me ha dicho que todo ha salido bien, que en principio no tengo ningún problema para tener hijos.

—Claro que no. Es que eres una exagerada, ¡siempre preocupándote por todo!

—Lubna, ¿por qué dices eso? Es comprensible que tuviera mis dudas. Estuve casada un año y no me quedé embarazada. —Hessa se refería a su primer matrimonio, en el que tuvo la desgracia de quedarse viuda un año después de la boda debido a un terrible accidente de coche—. Aquejlo no fue normal. Vamos, lo que quiero decir es que no es usual. Dos personas jóvenes haciendo uso del matrimonio tal y como es debido —sonrió con picardía al ver que su hermana se sonrojaba—, y que en un año no conciban un hijo...

—Pues ya ves, todo está bien. No le des más vueltas. Y mírame a mí, mira mi ejemplo. A mí sí que me encontraron problemas y ya voy por el segundo hijo. —Se calló de repente. El niño no había nacido aún y eso que acababa de decir podría llamar a la mala suerte. Quiso tragarse su propia lengua por estúpida. ¿Cómo podía ser tan tonta?

—La verdad es que has tenido mucha suerte, Lubna. Y me alegra tanto por ti...

—Y tú también la tienes. Entonces, ¿por qué estás tan seria? ¿No estás contenta?

—Sí, claro, pero es que aún no están todas las pruebas. Faltan los análisis que hay que hacerse para poder contraer matrimonio.

—¡Ah! Ya, ya..., pero eso no tiene por qué ser un problema, Hessa. Es la prueba del SIDA y los test de las otras enfermedades de transmisión sexual y de la talasemia, ¿no? No me dirás que estás preocupada por la talasemia. En nuestra familia no ha habido casos. Además, tú ya te hiciste esta prueba cuando te casaste con Mohamed.

La población autóctona de Emiratos Árabes se casaba muy frecuentemente en el seno de su propia familia, por lo que el riesgo de padecer enfermedades genéticas era muy elevado, especialmente el de la talasemia. Esta afectación de la sangre se había convertido en un importante problema de salud pública en el país debido a sus altos costes humanos y económicos, pues quienes la padecían dependían constantemente de transfusiones sanguíneas para su supervivencia. Por la manera que se heredaba existían portadores de la enfermedad sanos, pero si estos contraían matrimonio con otra persona portadora, esa alteración se podía manifestar en sus hijos. Para disminuir la probabilidad de que eso sucediera, desde hacía unos años era obligatorio la realización de unos análisis prematrimoniales de control.

—Sí, claro, sirve el análisis que ya me hice, solo tengo que repetir las pruebas de las enfermedades de transmisión sexual, pero Ahmed nunca se ha hecho el test de la talasemia. Cuando se casó, aún no era necesario. —Al igual que Hessa, Ahmed, su prometido, era viudo y ese iba a ser su segundo matrimonio.

—Vaya... Pero no deberías estar tan preocupada por eso. Incluso si fuera portador, no sería muy importante, ya que tú no lo eres.

—No sé, yo no lo veo tan claro. Es verdad que nuestros hijos no sufrirían la enfermedad, pero eso les podría afectar a la hora de casarse. ¿Y si la persona elegida fuera también portadora?

—Hessa, ya estamos como siempre. ¿Es que nunca cambiarás? Ya estás preocupándote por el matrimonio de tus hijos cuando aún ni te has casado.

—No te rías, por favor. Sí, estoy preocupada por esto y por... ¿Y si tenemos alguna enfermedad familiar, aunque no sea esa? Piensa que Ahmed es de nuestra *hamula*.

—¡Pero si es un familiar muy lejano! —replicó mientras movía la cabeza en señal de desaprobación ante lo que sugería su hermana menor—. El hijo del primo segundo de nuestro padre, mujer. Y fíjate en nuestro hermano Fawaz: se casó con Rawda, nuestra prima carnal, y tienen unos hijos maravillosos.

—Sí, sí, afortunadamente, pero el riesgo existía. Yo creo que hoy en día Rawda se hubiera hecho unos análisis genéticos completos.

—No sé, Hessa, no sé. Creo que estás exagerando.

—Para ti es fácil decir eso. Abdul-Khalil no es de nuestra familia, no tuviste ninguna razón para plantearte estas cosas. Además, no quiero tomar decisiones poco inteligentes por estar enamorada. —Se quedó pensando en las implicaciones que tenía un matrimonio por amor, lo complicaba todo—. Ah... y de este asunto de los tests genéticos ni una palabra a nuestros padres, les daría un ataque si se llegaran a enterar. —Los padres de Hessa estaban muy contentos con la celebración de esa boda. Tras la muerte del primer marido de su hija menor, que pronto alcanzaría la treintena, habían estado muy preocupados por ella, por su viudedad, por su soledad... y ahora estaban felices: se casaba con un hombre de la familia, bueno, guapo y con mucho dinero. ¿Acaso se podía pedir algo más?

Unos golpes en la puerta de la habitación anuncianaron la entrada de la criada que traía una bandeja con té, zumos y unos dulces. Lubna se incorporó un poco más y Hessa la ayudó a encontrar una buena postura para tomar el tentempié.

En cuanto salió la joven filipina, Hessa se acercó a los ventanales y volvió a ver, ahora más próxima, la araña voladora. Era un dron que estaba dando vueltas y más vueltas sobrevolando la zona cercana al edificio.

—Lubna, ¿lo has visto? ¿Has visto el dron?

—Desde la cama tengo muy poca visibilidad. Apenas veo nada. Pero ¿qué dices? ¿Un dron? ¿Qué hace aquí volando un dron? ¿No los habían prohibido en las zonas habitadas?

—Sí, ahora solo los utiliza la policía y creo que también los bomberos. ¿Cuál será la razón para que un dron esté sobrevolando esta zona de Sarja?

—¡Ay Hessa!, ya me la imagino —contestó Lubna mientras apartaba la bandeja con el refrigerio y se incorporaba un poco más para intentar ver el dron—. ¿No has oído las noticias?

—Ahora mismo... no sé a qué te refieres. —Lo dijo un poco a su pesar. Le costaba reconocer que su hermana mayor supiera más que ella, una competitividad presente en su relación desde que eran pequeñas.

—Es por el dedo.

—¿El dedo? ¿Qué dedo?

—El que encontraron ayer en el mercado de la carne. Ya sabes, el que está al lado del de la fruta, aquí cerca.

—¿Encontraron un dedo?

—Sí, lo descubrieron unos turistas. Le cayó a una gaviota que volaba por encima de la callejuela.

—¿Y no saben de quién es? Si es un dedo, por las huellas digitales podrían encontrar a su... propietario —y a pesar de lo escabroso del tema tuvo que controlarse para que no se le escapara la risa. No obstante, Lubna, al ver que su hermana se contenía para no echarse a reír, soltó una carcajada sin poder evitarlo. Se arrepintió en seguida de tomarse a broma un asunto tan delicado.

—Hessa, Hessa..., no deberíamos frivolizar sobre esto —intentó parecer seria—. En estos momentos hay una persona a la que le falta un dedo y nosotras nos lo tomamos a guasa... —volvió a reír sin poderse controlar. Después inspiró profundamente para tranquilizarse y tras unos instantes retomó la conversación—. Las huellas digitales estaban picoteadas por las gaviotas. Cuando dieron la noticia no sabían de quién era. Estaban investigando en hospitales

por si había habido algún accidentado que hubiera perdido un dedo, o algún fallecido... bueno... fallecida..., parece que todo apuntaba a que era un dedo de mujer. Aunque gordezuelo, era fino y delicado... ya sabes a lo que me refiero: a la piel sin vello, la uña... No han debido encontrar a la... dueña —sonrió, pero esta vez sin llegar a reír—. Por eso deben estar sobrevolando la zona.

—¿Quieres decir que el dron debe estar buscando un cadáver? ¿Un cadáver al que las gaviotas le han arrancado un dedo para comérselo?

—Yo diría que sí... Las gaviotas, en la actualidad, son aves carroñeras, si ven un cadáver, se lo meriendan y tan contentas.

—¡Qué asco!

—¿Quieres verlo?

—¿A qué te refieres? ¿Al dedo?

—Sí —contestó Lubna con resolución. Hessa, al ver que su hermana mayor buscaba un vídeo en internet, se sentó a su lado, en la cama—. Vaya, lo que me imaginaba. Han censurado el vídeo. Está bloqueado, no lo puedo abrir, no me deja.

Hessa se sintió decepcionada. El asunto del dedo era desagradable y asqueroso, aunque en el fondo estaba deseando verlo. Entonces Lubna empezó a buscar en las carpetas de su ordenador.

—Mira, aquí está.

—¿Has podido abrirlo al final?

Lubna enrojeció.

—Bueno, es que... ya me imaginaba que lo bloquearían... y lo guardé.

Vaya... nunca lo hubiera pensado de la estricta cumplidora de las normas de su hermana... Lo que podían llegar a hacer horas y horas de inactividad.

El vídeo lo debía haber grabado un turista con su teléfono móvil y, dadas las circunstancias, no se veía ni se oía muy bien, pero de algo no había duda: aquello por

lo que se peleaban las gaviotas y por lo que gritaban los occidentales era un dedo.

—¿Y por dónde iba el dron, Hessa? ¿Qué hacía?

—Lubna, es una lástima que con esos ventanales no puedas ver nada. Podrías pedirle a *Umm Abdul-Khaliq* que te traigan un diván y te lo coloquen al lado del ventanal. Así verás el exterior durante el día.

—Es una buena idea, pero..., no sé..., me sabe mal dar trabajo a mi suegra. Bastantes molestias le estoy causando ya.

—De eso, nada —discrepó su hermana con vehemencia—. Si estás haciendo reposo en su casa es porque ella se ha empeñado. Te quiere tener bien cerca para controlar todo lo que haces.

—¿Todo lo que hago? Si no puedo hacer nada.

—Ya sabes a lo que me refiero. A controlar al niño, incluso antes de que nazca. Te podrías haber ido a casa de nuestros padres. No sé qué haces aquí.

—Pero Hessa, allí estáis también la abuela y tú ¿Dónde nos habríamos instalado Abdul-Khaliq, Mona y yo? Además, así estoy más cerca de mi marido. Al tener el despacho justo en el piso de abajo, si no está de viaje, a la mínima que puede se escapa entre reunión y reunión para hacerme un poquito de compañía.

—Claro, en eso tienes razón, es muy práctico. En realidad, solo quería decir que ellos están muy contentos de teneros en su casa y, si les comentas lo del diván, estarán encantados de complacerte.

Al momento se oyeron dos pequeños golpes en la puerta y acto seguido, como si supiera que estaban hablando de ella, *Umm Abdul-Khaliq* entró en la habitación con la pequeña Mona. La suegra de Lubna se llamaba, en realidad, Basima, pero desde que tuvo a su primogénito todo el mundo le llamaba *Umm Abdul-Khaliq*, la madre de Abdul-Khaliq, de acuerdo a una antigua tradición árabe, una costumbre que estaba poco a poco dejándose de utilizar en el país, pero que aún se mantenía entre las personas de mayor edad o en

algunos sectores de la población más conservadores. *Umm* Abdul-Khaliq todavía llevaba la *abaya* negra y el *shaila*, en cambio ya se había desprendido del *niqab* con el que se cubría la cara cuando salía de casa y que solo le dejaba al descubierto sus ojos, un complemento que utilizaban muchas mujeres de ese emirato a diferencia de las de Dubái o Abu Dabi. Mona sonrió al ver a su tía materna. La pequeña iba vestida muy formal con el uniforme del colegio. El pelo, ensortijado y rebelde, lo llevaba recogido en dos coletas altas con unos lazos blancos, pero unos pequeños caracolillos de cabello escapaban indomables a ambos lados de su frente. En su cara, redonda y mosfletuda como la de su madre, destacaban unos grandes ojos negros. La piel aceitunada, en cambio, recordaba a la de la familia de Abdul-Khaliq. La niña fue corriendo a abrazar a su tía.

—*Habibti*, mi sobrina querida, mi niña preciosa, ¿has llegado ahora de la *madrasa*? —le preguntó mientras la achuchaba y le llenaba de besos. ¡Qué bien olía Mona! Su sobrina desprendía una fragancia que recordaba a una mezcla de goma de borrar y tiza, un olor que impregnaba a los pequeños tras las horas pasadas en el colegio.

—Sí, *jala* Hessa —contestó mientras se dejaba besar y abrazar, y añadió orgullosa—: Ya soy mayor, ya escribo. —Mona, como la mayoría de los niños, podía intuir que el dominio de la lectura era clave en la vida y que esa competencia, de una forma casi mágica, le otorgaría un estatus superior al de los otros niños más pequeños, aquellos que no sabían leer, los que no se enteraban de nada.

—¿Estás ya escribiendo? —Hessa se sintió emocionada. ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Su sobrina ya tenía cuatro años y había empezado a aprender a leer y a escribir.

—Sí, *jala* Hessa, hemos aprendido la *alif* y la *ba*. Y también sé escribir la *ba*, la *bu* y la *bi*. *Ba* se escribe con *fatha* y *baaa* con *alif*; *bu* con *damma* y *bi* con *kasra*. —La niña hablaba de carretilla, queriendo demostrarle a su tía en unos pocos instantes todo lo que había aprendido desde la última vez que se habían visto, pero *Umm* Abdul-Khaliq

le interrumpió la explicación bruscamente cuando Hessa se acercó a saludarla.

—¿Cómo va la preparación de la boda? Tus padres deben estar muy contentos. Una mujer tan guapa como tú no es conveniente que esté soltera, resulta obvio que eres un peligro para los hombres. —Y mientras decía esto con tono mordaz, la repasó con la mirada de arriba abajo, sin ningún disimulo. El problema no es que fuera sin la *abaya* y sin el *shaila*, ya que no había hombres en la habitación, el problema era su ropa, era demasiado ajustada.

Hessa se esforzó para no replicarle como se merecía. ¿Eso era su boda? ¿Ese era el objetivo? ¿Dejar de ser un peligro para los hombres? Aquella mujer era insopportable. No sabía como su hermana la podía aguantar.

—¿Asistiréis, verdad? —le preguntó sin mostrar mucho entusiasmo.

—Sí, sí, claro. *Inshallah!* —¿Cómo no iban a ir? Esa joven era la hermana de su nuera y, lo que era más importante, había una sunna del Profeta, que la paz y las bendiciones de Alá sean con él, que decía que si se recibía una invitación para una boda había que asistir—. Ya hablé con tu madre y se lo confirmé en cuanto recibimos la invitación que, por cierto, era muy elegante, aunque, siendo sincera, me sorprendió que fuera tan... tan... moderna.

Hessa supo enseguida a lo que se refería la conservadora suegra de su hermana. En las invitaciones, en las que tanto sus padres como los de Ahmed hacían partícipes a sus familiares y amigos de la buena noticia del enlace y les convidaban a la celebración de la boda, no solo constaba el nombre del novio, sino también el de ella, cosa que no era muy habitual ya que el de la novia tradicionalmente se solía sustituir por “la hija de”, no mencionando en ningún momento el nombre de la prometida.

—Ya, ya..., me imagino a lo que te refieres, *Umm Abdul-Khaliq*. Mis padres y los padres de mi prometido estuvieron de acuerdo en redactar la invitación de esta manera —aclaró, intentando evitar entrar en discusiones sobre

Director de la colección: Sebastià Bennasar

© del texto: Gema García-Teresa, 2020
© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2020
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-9743-903-9
DL: L 244-2020
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.